CERTAMEN MARCANDO EL RUMBO

Tercera Edición – 2013

Por: Tanialy Rivera Santiago

Muchos creen que ayudar a otros es una pérdida de tiempo…en un momento dado, también lo pensé. No tenía tiempo, el decir de muchos. Pero todo cambió un día cuando mi mamá me dice – “Tania, vamos a WalMart” y sin perder tiempo le pregunté: “¿Para qué? Con todo el amor del mundo y con mucha paciencia, me explicó que estaríamos recolectando dinero para gente que lo necesitaba, como eran las personas y niños sin hogar de nuestro Puerto Rico.

Por intentar algo nuevo ese fin de semana, decidí ir y saben qué, me fui sin entender el significado que tendría esta experiencia en mi vida. Luego de un rato llegó una joven voluntaria de La Fondita de Jesús en San Juan. Su nombre es Martazarelys Benítez. Con mucha alegría nos dio las gracias por estar allí. Sabía que muchos jóvenes no se motivan a hacer lo que teníamos planificado para ese día.

Aunque mi madre me había explicado, todavía no tenía claro el significado de esa experiencia. Me pregunté: ¿Qué haremos? ¿Será difícil? Pues no. Bueno, honestamente, al principio sí, todo lo que teníamos que hacer era explicarles a las personas que entraban o salían del lugar que ese día recolectaríamos dinero para ayudar a las personas necesitadas de nuestra islita hermosa, Puerto Rico, y preguntarles amablemente si podían cooperar. Al principio no nos fue muy bien, pues éramos tímidas y no nos atrevíamos a hablar. Nos daban deseos de reír, como todo joven cuando se siente nervioso, y saben qué, nos quitaba la seriedad y eso no podía ser así. Al pasar las horas la confianza se apoderó de nosotros. Nos fuimos acostumbrando y hasta cantábamos y bailábamos. Se fue poniendo divertido cada vez que la gente nos aplaudía o incluso nos sonreían. Hubo personas que ni nos miraban y salían como si alguien fuera tras ellos, pero eso no nos importaba porque había más gente que aportaba que las que se iban.

Fue muy divertido e incluso, terminando la actividad, una pareja de señores mayores fue a donde mí y me dijo –no te conocemos pero debes ser una niña muy especial, no todos se atreverían a hacer esto y menos para ayudar a gente que ni siquiera conocen. Yo les sonreí y me dijeron que esperara ahí. Luego de unos minutos me trajeron un envase lleno de monedas y me dijeron –te lo mereces, sigue adelante, me dieron la mano y se fueron. Yo quedé encantada y desde ese día decidí ayudar cuando me necesitaran y comencé a entender el significado de ayudar a los demás. Esa había sido mi primera experiencia, por cierto, inolvidable.

Después de un tiempo, llegó otra oportunidad para continuar con mi proyecto de ayuda a los demás. Esta vez tuve la oportunidad de trabajar en un campamento de verano por espacio de tres años en la escuela Salvador Brau. Lo hice porque esa era mi escuelita de infancia, donde viví y aprendí muchas cosas a través de mi niñez. Con mucho orgullo y entusiasmo empecé el campamento. Este campamento estaba dirigido a niños con necesidades especiales, específicamente con problemas de aprendizaje. Invité a mi prima para que trabajara conmigo. Conocimos muchos niños que, a través del campamento, nos fueron cogiendo cariño y nosotros a ellos también. Nunca había trabajado con tantos niños de primero a sexto grado. El campamento no era de jugar todo el tiempo, sino que se trataba de enseñar cosas nuevas y dejar que los niños desarrollaran su creatividad. Me dieron a escoger y preferí ser ayudante de la maestra de música. Gozaba cada vez que esos niños cantaban y bailaban. Esto no se trataba de excursiones y diversión todo el tiempo. La importancia de todo esto era ayudar y darse cuenta de que uno puede hacer tantas cosas para ayudar a los demás y solo en un día ayudé, aprendí, jugué, canté, bailé, reí, conocí y exploré. Todo fue parte de ese ofrecer nuevas experiencias.

Nunca había ido a un hogar de ancianos. Pensé que si lograba ir a un lugar así era porque un familiar estaba allí o incluso, alguien desconocido, pero gracias a la Sociedad de Honor Juvenil del Colegio Radiance, logré ir. Visitamos el hogar de ancianos de Cayey, donde compartimos con los ancianos residentes del lugar. Ellos rieron, nos contaron historias y otros hasta bailaron. Lo disfruté mucho. Al principio nadie sabía qué hacer, pero unas compañeras comenzaron a leer unos cuentos y luego les pusimos música. Esa fue la mejor idea, los señores y las señoras gozaban al escuchar las canciones. No les pusimos canciones nuevas sino canciones de su tiempo y solo verles las caras nos llenaba de alegría. Uno de ellos tuvo siempre en su mano un güiro y fue el más entusiasmado que estaba mientras tocaba al son de la música. Cantamos y bailamos para entretenerlos y ver cómo movían sus manitas y aplaudían al vernos fue algo muy especial. Pensé que iba a ser algo un poco aburrido, porque no sabía qué podía hacer con ellos, pero con solo cantarles y ponerles música del ayer, ellos estaban felices. Escucharon salsa, merengue y hasta cantamos Preciosa. Nunca los voy a olvidar…de verdad que lo disfruté. Jamás pensé que lo iba a pasar así.

Además de la Sociedad de Honor, también pertenezco a un club en el Colegio Radiance llamado Cruz Roja. Las personas piensan que la Cruz Roja lo único que hace es donar sangre para la gente que la necesita. Pues sí, eso es parte, pero no es lo único. Con la Cruz Roja he tenido unas experiencias bonitas y una de ellas fue cuando visitamos el Santuario Canita, albergue de animales (principalmente perros y gatos) ubicado en Guayama. Esta es la experiencia más reciente. Fuimos un sábado, sacamos de nuestro tiempo para ayudar. La dueña del lugar nos explico qué era lo que hacían allí, cuántos animales había y hasta nos explicó la rutina diaria. Es bastante fuerte, es agotador, son muchos animales y no reciben ayuda del Gobierno. Solo se sostienen de las donaciones que llevan las personas o entidades sociales. Tuve la oportunidad de jugar con muchos de los animales que estaban allí. Muy buena mi experiencia en ese lugar…me encantó y diría que es una de las mejores experiencias que he tenido.

En Cruz Roja tenemos un grupo de reciclaje que se organizó para hacer actividades en las que aprendimos a reciclar y a reutilizar cosas que usamos a diario. Nos ha ido muy bien y me he dado cuenta de que los niños son los más interesados en limpiar y ayudar en el reciclaje. Estamos llevando a cabo una competencia de reciclaje y los estudiantes de séptimo grado están muy interesados. Así vamos creciendo, esto es lo que deberíamos hacer, no solo nosotros sino todo el mundo.

He dejado muchas huellas en el camino y esas huellas no terminan aquí. Tengo muchas cosas planificadas y será otra historia que contar. Nosotros, los jóvenes, somos las huellas futuras en la arena y tenemos que pensar más allá de las cosas. Debemos disfrutar pero también tener ese deseo en el corazón de ayudar y sentirse bien al hacerlo. Esta ha sido mi historia y sigo marcando el rumbo.